

## Capítulo 20. Interpretación

---

La evidencia hasta aquí nos presenta un cuadro complejo. No puede defenderse en base a lo recorrido una conspiración hermética y perfecta. Hemos visto, por ejemplo, que no todos los altos funcionarios de Roosevelt cooperaban con su política de proteger a los grandes industriales estadounidenses que financiaban el esfuerzo bélico de los nazis. Dentro de las compañías que abastecían a los nazis hubo gente que se opuso a lo que sucedía y que hizo esfuerzos por denunciarlo. En el caso de los británicos había también algunos funcionarios que se oponían a las políticas de supuesto ‘apaciguamiento.’

Tampoco todos los altos nazis eran partícipes de la conspiración: Ohnnesorge, por ejemplo, sospechaba de Sóstenes Behn y no entendía que estaba del lado de los nazis, lo cual forzó a Himmler, Goering, y otros a reaccionar para proteger los intereses de Behn en Alemania. Y como antes vimos, si bien Hitler había sido creado en parte por la oficialía militar prusiana, importantes oficiales de las fuerzas armadas alemanas no eran miembros de ‘la Fraternidad’ *internacional*, como la llama Higham, pues habían buscado inocentemente aliarse con Neville Chamberlain para tirar a Hitler cuando sintieron que su creación se les salía de las manos. El propio Hitler pensaba que estaba cayendo en un trampa cuando se le

entregó Francia, lo cual (entre otras cosas) delata que él también era una herramienta, y que no se percataba de las fuerzas que lo blandían.

Para explicar todo lo presentado, pues, se requiere de un modelo que justifique por qué tanta gente en la cima estaba en la conspiración, y al mismo tiempo nos dé cuenta de las excepciones, inclusive las excepciones dramáticas. El caso de Alemania contiene una lección relativamente obvia con la cual podemos empezar a construir el modelo general.

Los nazis obtuvieron su mejor resultado en la elección presidencial que Hitler perdió con el 36.8% del voto, compitiendo contra Hindenburg. Cuando el mismo Hindenburg lo instaló después de canciller, el apoyo del partido nazi había caído ya al 33%, y seguía sin conquistar el apoyo de los partidos obreros. Una vez en el poder los nazis lograrían mucha cooperación de las clases obreras, cierto, pero el terror había aniquilado toda oposición efectiva, y el totalitarismo educativo, mediático, y policíaco destruyó la independencia mental. En general, la pasión por el derechismo iba en aumento conforme se ascendía en la escala socioeconómica. Esto tiene sentido, porque las estrategias de extrema derecha tienen como meta esclavizar a los trabajadores. Pero el efecto es probabilístico: no se rebasaba un límite crítico de ingreso después del cual todo mundo es eugenista/fascista: siempre hay excepciones, inclusive en la cima más alta. Asimismo, en las clases trabajadoras había también mucha gente que se dejaba seducir por la retórica nacionalista de los fascistas, y por su propaganda seudoesocialista, sobre todo cuando la Gran Depresión hizo a la gente desesperar de los sistemas parlamentarios.

El mismo patrón puede verse en otros países de Occidente en relación a las políticas eugenistas y fascistas: entre más ascendía uno en la escala socioeconómica, más apoyo había para estas políticas. Pero había excepciones tanto abajo como arriba.

Un aspecto importante de la realidad que buscamos entender es que en Occidente había un discurso político oficial de *liberalismo*. Aun si consideramos que para las clases gobernantes esto era más bien un simulacro que una convicción plena, la jactancia oficial de ‘democracia’ impone ciertas limitantes. Por eso la maniobra derechista que busca mermar las libertades para reimponer finalmente un sistema cabalmente represivo deberá ser disfrazada de otra cosa: ‘psicología de la inteligencia,’ ‘salud pública genética,’ ‘caza de espías extranjeros,’ ‘reforma laboral,’ ‘guerra contra las drogas,’ ‘guerra contra el crimen,’ ‘lucha contra el imperio malvado,’ ‘guerra contra el terrorismo,’ o lo que sea. Así, disfrazada, puede coexistir con el discurso liberal que de forma oficial impera.

Esa obligación de guardar las apariencias forzó a la clase gobernante de Occidente a declarar en público la guerra a los nazis, mientras que, bajo cubierta de su disfraz, como hemos visto, asistía el esfuerzo bélico alemán. Las contradicciones inherentes en estas astucias naturalmente generaban riesgos. Aquella gente en la cima que, sin entender del todo lo que sucedía, se rebelaba contra la maniobra derechista, era en lo sumo peligrosa para las metas reaccionarias de lo que Charles Higham llama ‘la Fraternidad.’ Sobre todo quienes tenían cargos en la oficialía gubernamental de Occidente. Pero entonces, ¿por qué no se purgaba a esta

gente *por completo* de las funciones gubernamentales? Nuevamente, porque el disfraz de ‘democracia liberal’ impone limitantes reales. Y porque las cosas no siempre salen como uno quiere: las ventajas de poder no son infalibilidad u omnipotencia.

El caso de Henry Morgenthau, el Tesorero estadounidense cuyo equipo tanto hizo por documentar lo que sucedía y ponerle freno, es instructivo. Dado que Morgenthau y su gente al parecer eran éticos, y dado que Morgenthau de hecho era *judío*, podríamos asombrarnos de que estuvieran ahí. Él obtuvo su ministerio cuando la camarilla que impulsaba a Roosevelt, y que controlaba las reformas del *New Deal*, lo propuso como reemplazo cuando el tesorero anterior renunció por razones de salud. Esa camarilla necesitaba a un judío de tesorero para así ‘confirmar’ las acusaciones de la propaganda antisemita de que ‘los judíos’ supuestamente controlaban el sistema financiero. Y hacía falta alguien que cooperara con las reformas del *New Deal*, vendidas como un alivio para los trabajadores. Sin duda Roosevelt creyó que Morgenthau apoyaría lo que fuese con tal de congraciarse con los antisemitas en el poder, como sucedió con muchos otros judíos que ocupaban puestos importantes en el gobierno estadounidense, y que le servían de coartada para defender que sus políticas no eran antisemitas (CAPÍTULOS 26 y 27). Pero Morgenthau, hijo de un hombre que testimonió para la historia el exterminio de los armenios cuando representó a los Estados Unidos en el Imperio Otomano durante la Primera Guerra Mundial, no pudo quedarse cruzado de brazos. En todo caso fue bastante tímido, pero no así la gente que se trajo consigo a la Tesorería.

Otro asunto aparentemente incongruente es que en la oficialía militar prusiana, desde la cual se había patrocinado con tanto entusiasmo y apoyo material al movimiento de Adolfo Hitler, hubiera tanta confusión sobre el verdadero sesgo de los gobernantes occidentales. La pregunta es: ¿Por qué no se permitieron los dirigentes eugenistas de Occidente más colusión directa con los altos oficiales alemanes? En mi opinión esto lo explica el ‘honor’ del militarismo prusiano, pues estos oficiales eran educados en una cultura que enfatizaba, naturalmente, la defensa de las fronteras de Alemania, y su expansión. Eran conservadores, sanguinarios, antiliberales, antilaborales, y racistas, cierto, y está claro que les encantaba el eugenismo. Pero ellos habían peleado la Primera Guerra Mundial para convertir a Alemania en un gran poder global: querían un futuro ‘glorioso,’ y querían sentirse timoneles de su gran destino. Aquel ‘orgullo patriota’ no se habría aliado fácilmente con un plan internacional en el cual los alemanes serían meros títeres de poderes extranjeros, sobre todo si aquello requería que Alemania como tal se convirtiese en una pieza de juego, sacrificable si resultaba necesario. Ésta sería la razón para no reclutarlos *directamente* a la conspiración internacional que produjo la guerra. Se aprovechó que tenían un interés en destruir tanto el Tratado de Versalles como la democracia liberal en Alemania, y se movieron las piezas necesarias sobre el tablero para forzarlos a actuar, aunque tuvieran muchas reservas sobre la posibilidad de ganar una nueva guerra de conquista europea.

No todo lo sucedido obedece a un plan perfectamente ensayado con un guión totalmente escrito y editado de antemano. Hitler, por ejemplo, fue producido primero por los

oficiales prusianos, quienes vieron en él una oportunidad para destruir el liberalismo alemán, creándole un movimiento obrero que pugnara por las metas ‘nacionalistas’ de la clase militar prusiana. Pero una vez iniciada esa producción teatral del movimiento nazi, los eugenistas occidentales vieron su oportunidad y la aprovecharon, haciendo lo posible por facilitar el éxito del megalómano, y entregándole el liderazgo aparente del movimiento eugenista internacional. Claro, la Fraternidad eugenista se sirvió de *algunos* oficiales prusianos que sí podían ser reclutados a la gran conspiración de forma directa, como Hermann Goering, pero los demás, aunque al principio se entusiasmaran con Hitler, no entendían bien el jaloneo de hilos que se hacía desde Estados Unidos y Gran Bretaña. Por eso, cuando se asustaron del monstruo que habían construido, y se convencieron de que Hitler destruiría a Alemania, buscaron la forma de tirar al *führer* aliándose con la dirigencia británica. Luego, sin entender las verdaderas metas de Chamberlain, Churchill, y Roosevelt, y viendo que todo le salía bien a su *führer*, se fueron convenciendo de que la providencia sonreía al líder alemán que ellos mismos habían creado.

Un análisis similar explica que Hitler no fuera puesto al tanto de la conspiración internacional, excepto que a su ‘orgullo patriota’ habremos de añadir que estaba loco de remate. Había que preservar a Hitler en su fantasía para que jugara su papel de forma efectiva. Tenía realmente que creer que era él quien lo conquistaba todo para que presentara una fachada convincente y además jugara su papel, pues probablemente no habría consentido de haberse sabido un títere. Está claro que Hitler se daba cuenta que tenía muchos simpatizantes importantes en Occidente—eso de cualquier

manera era obvio—. Y sin duda en parte por eso era fácil de convencer cuando gente como Goering le susurraba al oído que los occidentales no se moverían. Su desvarío mental, su megalomanía, lograban también convencerlo de su habilidad diplomática, de su supuesto genio para presionar y fintar, y se felicitaba a sí mismo de ser un gran profeta, prediciendo con confianza y con acierto—para el asombro total de sus generales—la inacción de los occidentales. Al igual que las muchedumbres, sin embargo, Hitler parece haber creído honestamente que Chamberlain era débil y que Churchill y Roosevelt eran sus enemigos, y no fue incluido al más alto nivel de la conspiración internacional.

Por contraste, varios grandes industriales alemanes, menos empapados de ‘honor,’ y con una ideología más bien mercenaria, parecen haber estado coludidos muy de cerca con los industriales occidentales que se aliaban para impulsar el eugenismo en todo el mundo. La base para esto había comenzado en los 1920s, cuando los grandes carteles y monopolios estadounidenses se fueron fusionando con los alemanes, dramáticamente en el caso de *Standard Oil* e *I.G. Farben*. Para los industriales alemanes, a diferencia de los militaristas prusianos, un imperio propiamente *alemán* era menos atractivo que una alianza internacional fascista de industriales en la cima controlando al planeta entero. El plan de los industriales parece haber sido reemplazar a Hitler, en el momento oportuno, con Goering o con Himmler.

¿Pero qué hay entonces de los enfrentamientos bélicos con el Eje en África y en Asia. Eso también se explica con lo anterior. Las ambiciones de Hitler no podían ser contenidas, por un lado, pero por el otro los dirigentes occidentales no

tenían intención alguna de cederle *el Imperio Británico*. Mientras que lo dejaron hacer de las suyas en Europa, defendieron su imperio. Aquellos enfrentamientos también fueron oportunos, de hecho, si se les interpreta como la ocasión para intentar rehacer todo el mapa del mundo, y al mismo tiempo dar una prueba convincente a sus ciudadanías de que se enfrentaban a Hitler.

No es imposible que los conspiradores occidentales tuvieran cierta influencia sobre lo que pasaba en Alemania inclusive hasta el final. Luego de que Rudolf Hess a la mitad de la guerra se fuera a Gran Bretaña (de forma por demás dramática, piloteando él solo un avión), Martin Bormann, su protegido, se convirtió en el líder del aparato nazi y el consejero más importante de Hitler. Como antes vimos, Rudolf Hess había tenido siempre muchos contactos en la aristocracia británica. Pero naturalmente que, bajo cualquier hipótesis, había límites a la influencia que podía ejercerse. La construcción de Hitler como líder alemán conllevaba la creación de una verdadera base política—de un genuino fervor en la estructura de la SS, del ejército alemán, y mucho del pueblo alemán, por su persona—. Esto explica que la Fraternidad eugenista al final no se atreviera a dar el paso decisivo para reemplazarlo.

“A finales de los 1930s,” escribe Charles Higham,

[Hermann] Schmitz [de *I.G. Farben*] conspiraba con el joven y duro Walter Schellenberg, que a toda velocidad se convertía en el jefe del SD, el servicio de contraespionaje de la GESTAPO. Documentos de la inteligencia militar [estadounidense] desclasificados en 1981 revelan que Schellenberg

propuso a Schmitz como el jefe de un Consejo de Doce. Este consejo pondría a Hitler bajo la protección y dirección de Himmler mientras que el Führer permanecía prisionero en Berchtesgaden. ...El propósito del plan de Schellenberg, revelado en los mismos reportes desclasificados de la inteligencia militar, era obviamente conseguir una paz negociada entre Alemania y Estados Unidos, el gran sueño de la Fraternidad.—Higham (1995[1983]:132-23)

Sobran ejemplos de la expectativa en los círculos de la Fraternidad que triunfaría el bando nazi. Como vimos, McKittrick, al frente del BPI, suponía en sus reportes que habría una paz negociada a favor de Alemania. Y James D. Mooney de *General Motors* hizo muchos esfuerzos por conseguir aquella paz.

Después de la guerra, James Stewart Martin, un abogado del cuerpo investigativo del Departamento de Justicia, descubrió,

en las oficinas centrales de *I.G.* en Frankfurt, ...archivos que confirmaban que [Hermann] Schmitz había planeado para un mundo conquistado en el que Estados Unidos se uniría en triunfo. Empezó a entender por qué Schmitz y otros en *I.G.* habían terminado por oponerse a Hitler. Estaba claro que Hitler quería atacar a los Estados Unidos cuando Goering tuviera bombarderos de alcance suficientemente largo. Pero Schmitz le era leal a sus colegas estadounidenses, prefiriendo mantener alianza con ellos en perpetuidad. Aquellas alianzas podían sostenerse si Himmler y/o los generales

alemanes se hacían cargo del Tercer Reich. Consentirían [como no lo haría Hitler] con el sueño de Schmitz de una paz negociada.—Higham (1995[1983]:216)

El plan de la Fraternidad, pues, parece haber sido asistir el esfuerzo bélico de Hitler para que conquistara Europa y destruyera por completo el fascismo rival y anticapitalista de los soviéticos, dando un golpe eugenista—derechista y antisemita—en todo Occidente. Una vez destruidos los soviéticos, podría vendérsele el argumento a las poblaciones estadounidenses y británicas que había que firmar la paz con Alemania. Con esto, en poco tiempo, podría estabilizarse en Occidente la opresión generalizada bajo un marco fascista universal, pues para ‘defenderse’ a la larga del poderío alemán se habrían suprimido las libertades occidentales. Este plan, es obvio, no funcionó a la perfección. El loco de Hitler se les salió un poco de las manos una vez colocado en la cima de poder, y protegido por el muy efectivo culto a su personalidad que volvía a los soldados del ejército y de la SS en seguidores leales y fanáticos, pues le juraban su obediencia personalmente al *führer*, y no al Estado o a una institución del mismo. Así se explica que a Himmler le diera miedo deponer a Hitler (aunque nunca delató a Schellenberg).

Pero la falla principal en el plan fue que, a pesar de todo el apoyo de Occidente, y de contar con los recursos de toda Europa, los nazis no pudieron con los soviéticos. Los soviéticos ya se dirigían al Atlántico, amenazando quedarse con todo Europa, cuando los occidentales finalmente lanzaron una invasión en Normandía. Hubo que apresurarse a ocupar parte de Europa para impedir que el tiro saliera enteramente

por la culata, y que en vez de destruir el comunismo éste se comiera todo el continente europeo.

En la posguerra hubo que ver cómo componer la situación. A los ojos del público, las clases gobernantes de Occidente se vieron forzadas a presentar, nuevamente, una fachada de liberalismo democrático, pues los trabajadores occidentales habían arriesgado y dado sus vidas para defender el liberalismo—y *pensaban que habían ganado*—. Aquella propaganda volvía incómodo suprimir las libertades occidentales como se hacía en la Unión Soviética. Pero en el enfrentamiento contra el régimen antiliberal y represivo de los soviéticos había una nueva oportunidad: una excusa conveniente para justificar frente a los trabajadores occidentales la creación de un vasto complejo militar/industrial, y un vasto sistema de inteligencia, que juntos irían convirtiendo las libertades occidentales en una burla so excusa de perseguir ‘comunistas.’ Tras bambalinas, se fue preparando el terreno para intentar, a futuro, realizar plenamente las metas políticas y geopolíticas que había buscado la Fraternidad en la Segunda Guerra. Para ello, decenas de miles de nazis fueron reclutados y protegidos en secreto, desplegados nuevamente, y utilizados en todo el mundo (PARTE 8).

#### FUENTES

Higham, C. (1995[1983]). *Trading with the Enemy: The Nazi-American Money Plot 1933-1949*. New York: Barnes & Noble.